

espantosa durante la cual no pudieron cerrar los ojos. Otros soldados llenaban la cueva; dos se habían echado en un rincón y se morían atacados de disentería; y cuando la oscuridad fué completa no cesaron las quejas, los lamentos, los estertores de la agonía.

En las tinieblas los estertores adquirían tal horror, que los soldados, acostados unos al lado de los otros, gritaban á los moribundos se callaran y los dejaran dormir, muy incomodados. Estos no los oían y el estertor volvía á dejarse oír, dominándolo todo, mientras que de fuera llegaban los clamores de las borracheras de los compañeros que seguían comiendo sin poder hartarse.

Entonces empezaron las angustias de Mauricio. Había intentado huir de aquel antro de horror que hacía correr por su piel un sudor frío, pero como se levantaba á tientas, había pisado unos miembros y había vuelto á caer á tierra entre aquellos moribundos. Y no trataba de escapar. Se evocaba en él todo el horrible desastre, desde la salida de Reims hasta el aniquilamiento de Sedan. Le parecía que la pasión del ejército de Chalons acababa solo en aquella noche, en la noche oscura de aquella cueva donde agonizaban dos soldados que no dejaban dormir á los compañeros. El ejército de la desesperación, el rebaño expiatorio, enviado en holocausto, había pagado las culpas de todos con la oleada roja de su sangre en cada una de las estaciones. Y ahora, muerto sin gloria, cubierto de oprobio, caía en el martirio bajo aquel castigo que no había merecido. Era demasiado, se encolerizaba sediento de justicia, con ansias de vengarse del destino.

Cuando amaneció uno de los soldados había muerto, el otro agonizaba aún.

—Vámonos, Mauricio, iremos á tomar el aire; será mucho mejor, dijo Juan.

Pero fuera, con la hermosa y cálida mañana,

cuando los dos se encontraron cerca de la aldea de Iges, Mauricio se exaltó más aún, con el puño amenazando allá, al inmenso campo de batalla, la meseta de Illy en frente, Saint Menges á la izquierda, el bosque del Garenne á la derecha.

—¡No, no! no puedo ver más tiempo eso! El tener eso delante de mi vista me taladra el corazón y el cerebro... ¡Llévame de aquí en seguida, pero en seguida!

Aquel día era domingo, las campanadas de Sedan llegaban á todo vuelo, mientras que se oía á lo lejos una música alemana.

El 106º no había recibido órdenes, y asustado Juan por el delirio de Mauricio, se decidió á poner en práctica un medio que venía meditando. Delante del puesto prusiano, sobre el camino, se preparaba una salida de prisioneros, la de otro regimiento, el 5.º de línea. Reinaba gran confusión en la columna de la que un oficial, que hablaba muy mal el francés no lograba hacer la lista. Y habiéndose arrancado del uniforme el número y los botones, pasaron el puente y se encontraron fuera. Sin duda Chouteau y Loubet habían tenido la misma idea porque los vieron detrás de ellos, con sus miradas de asesinos, inquietos.

¡Qué desahogo! en aquel primer instante feliz. Fuera parecía una resurrección, la luz brillante, el aire sin límites, el despertar florido de todas las esperanzas. Cualquiera que fuera su desgracia ahora no la temían, se reían al salir de aquel horrible campamento de la Miseria.

III

Por última vez, por la mañana, Juan y Mauricio acababan de oír los toques alegres de las cornetas francesas, y marchaban ahora camino de Alemania entre el rebaño de prisioneros á los que precedían

y seguían pelotones de soldados prusianos, mientras que otros, situados á derecha é izquierda, los vigilaban, con la bayoneta calada en el fusil. Solo oían ahora en los puestos las cornetas alemanas, con notas tristes.

Mauricio vió con satisfacción que la columna torcía á la izquierda y que atravesaba á Sedan. Tal vez tuviese la suerte de volver á ver á su hermana. Pero los cinco kilómetros que separaban la península de Iges de la ciudad, bastaron para que se echara á perder la alegría que había sentido al verse fuera de la cloaca. Ese convoy era otro suplicio, los prisioneros sin armas, llevados como ganado, destrozados; vestidos con pingajos, sucios de haberse visto abandonados durante tantos días, adelgazados por aquel ayuno de una semana, parecían vagabundos, merodeadores que hubiesen detenido los gendarmes en los caminos. Al llegar al barrio de Torcy, como algunos hombres se paraban y las mujeres salían á las puertas mirándolos con aire de lástima, una oleada de vergüenza ahogó á Mauricio, obligándole á bajar la cabeza.

Juan, de espíritu más práctico y del piel más dura, sólo se acordó de que habían hecho una tontería no llevándose un pan cada uno. Con la precipitación de la salida no habían almorzado, y el hambre volvió á hacerles sufrir. Otros prisioneros debían haber hecho lo mismo, porque tendían monedas pidiendo les vendieran algo. Uno muy alto, con cara de enfermo, ofrecía una moneda de oro por encima de los soldados de la escolta, desesperanzado de no encontrar nada que comprar. Y fué entonces cuando Juan, que acechaba la ocasión apercibió de lejos, delante de una panadería, una docena de panes en una pila. Antes que los otros tiró un duro y quiso cojer dos panes. Después como el prusiano que se encontraba cerca de él le empujara brutalmente, quiso recojer al menos la moneda. Pero el capitán

encargado de la vigilancia de la columna, un hombre pequeñito de aspecto insolente, llegó en aquel momento. Apuntó con el revólver la cabeza de Juan y amenazó con levantar la tapa de los sesos al primero que se moviera. Y todos habían bajado la cabeza mientras que continuaba la marcha, oyéndose solo el ruido sordo de los pasos del rebaño.

—¡Ah! ¡con qué gusto le abofetaría á ese!—dijo Mauricio ¡con qué gusto le rompería las muelas!

Desde entonces la vista de aquel capitán, se le hizo insoportable. Entraban en Sedan, pasaban por el puente del Meuse, y las escenas brutales se renovaban, se multiplicaban. Una mujer, una madre sin duda, que quería abrazar á su hijo, un sargento joven había sido separada de un culatazo con tal violencia, que cayó á tierra. En la plaza de Turenne, fueron atropellados unos señores que echaban provisiones á los prisioneros. En la calle Mayor, á uno de estos, que al coger una botella que le alargaba una señora, se escurrió y cayó al suelo, le hicieron levantar á puntapiés. Sedan, que desde hacía ocho días veía pasar así aquel desgraciado rebaño de vencidos, no se acostumbraba, estaba agitado y á cada nuevo desfile de prisioneros, se conmovía.

Juan, cuya cólera se había aplacado, se acordaba de Enriqueta y de pronto la idea de ver á Delaherche le vino á la memoria.

—Oye, dijo á Mauricio, abre los ojos cuando pasemos por la calle Maqua.

En efecto cuando entraron en la calle, vieron desde lejos, algunas cabezas asomadas, en una de las ventanas monumentales de la fábrica. Después reconocieron á Delaherche y Gilberta y detrás de ellos, de pie, la severa figura de la señora Delaherche. Tenían panes y los echaban á los hambrientos, que les tendían las manos temblorosas, implorándolos.

Mauricio había notado en seguida, que su hermana no estaba allí; mientras que Juan inquieto al ver volar los panes y temiendo que no quedaran para ellos se agitó, movió los brazos gritando:

—¡A nosotros, á nosotros!

En casa de Delaherche se sorprendieron alegremente. Sus caras pálidas, se iluminaron mientras que hacían gestos demostrando su alegría por aquel encuentro. Y Gilberta quiso echar ella misma el último pan, en los brazos de Juan, pero lo hizo con tanta torpeza, que se echó á reír.

No pudiendo detenerse, Mauricio preguntó á voces:

—¿Y Enriqueta?

Entonces Delaherche contestó, pero su voz se perdió entre el ruido de los pasos. Debíó comprender que el joven no le había oído, porque hizo señas, señalando al Sur. La columna entró en la calle del Menil, la fachada de la fábrica desapareció, con las tres cabezas que se inclinaban mientras que una mano agitaba un pañuelo.

—¿Qué es lo que ha dicho?—preguntó Juan.

—No sé, no lo he entendido... y voy á estar tranquilo, hasta que reciba noticias de mi hermana, añadió Mauricio.

Continuaron andando, los prusianos aceleraban la marcha, con la brutalidad de los vencedores; el rebaño salió de Sedan, por la puerta de Menil y continuó la caminata por la carretera, galopando como si los persiguiera alguien.

Cuando llegaron á Bazeilles, Juan y Mauricio se acordaron de Weiss, buscaron las cenizas de la casita defendida con tanto tesón. Les habían contado en el Campo de la Miseria la devastación del pueblo, los incendios y las matanzas; y lo que veían sobrepujaba en horror á lo que les habían contado. Después de doce días, los montones de escombros humeaban aún. Se habían hundido las paredes

y no quedaban diez casas intactas. Lo que les consoló un poco fué encontrar carretillas y carros llenos de cascos y de fusiles bávaros, recogidos después de la lucha. Era la prueba de que habían matado á muchos de esos incendiarios.

La gran parada debía tener lugar en Douzy para permitir almorzar á los prisioneros. Llegaron allí después de sufrir bastante en el camino. Los soldados se cansaban muy pronto, aniquilados por los ayunos. Los que se habían atracado de comer la vispera, tenían vértigos, estaban rendidos, porque aquella glotonería en vez de reparar sus fuerzas las había agotado. Así es que cuando se pararon en un prado, á la izquierda del pueblo, los desgraciados se dejaron caer sobre la hierba, sin fuerzas para comer. Les faltaba el vino, y algunas mujeres caritativas que se acercaron para dárselo, fueron rechazadas por los centinelas. Una de ellas, asustada cayó al suelo, torciéndose el pie; hubo gritos, lágrimas, una escena lastimosa; mientras los prusianos que se habían apoderado de las botellas se las bebían. Esa solicitud de los aldeanos para los pobres prisioneros, se manifestaba así á cada paso, mientras que con los generales se mostraban intransigentes. En Douzy mismo, fué atacado un convoy de generales que se dirigían sobre Pont á Mouzon. Los caminos no estaban seguros para los oficiales; hombres con blusas, soldados evadidos, desertores tal vez, se echaban sobre ellos y querían asesinarles, como si fueran cobardes y traidores, con aquella leyenda de la traición, que veinte años más tarde, debía aún entregar al desprecio de aquellos campos, á todos los jefes.

Mauricio y Juan comieron la mitad de su pan, que tuvieron la suerte de remojar con algunos tragos de aguardiente que les dió un aldeano. Pero lo más terrible fué después, cuando tuvieron que emprender de nuevo la marcha. Tenían que ir á dor-

mir á Mouzon, y aunque la etapa era corta, el esfuerzo parecía excesivo. Los hombres no pudieron levantarse sin gritar, tanto era lo que se enfriaban al menor descanso. Muchos, cuyos pies sangrahan, se descalzaron para continuar la marcha. La disenteria hacia estragos, uno cayó en en el primer kilómetro y tuvieron que empujarlo á la orilla del camino. Otros dos, más allá, cayeron al pie de una valla, donde una mujer los recogió por la noche. Todos estaban muy débiles, se apoyaban en palos que los prusianos les habían permitido cortar en un bosque. Formaban una desbandada de desgraciados inválidos, cubiertos de llagas, pálidos y sin fuerzas. Y las violencias continuaban, los que se separaban un poco, volvían á entrar en fila á estacazos. En la cola, el pelotón que formaba la escolta, tenía orden de empujar á los que no podían seguir pinchándoles con las bayonetas. A un sargento que se negó á ir más lejos, el capitán dió orden de llevarle á rastras hasta que consintiera en andar. Y era prevalecía sobre todo un castigo: el del oficial calvo, que hablaba correctamente el francés y que abusaba de esa ventaja insultando á los prisioneros, con frases secas parecidas á latigazos.

—¡Ah!—decía rabiosamente Mauricio, ¡con qué placer le sacaría á ese toda la sangre, gota á gota! Estaba aniquilado, más enfermo aún de la rabia que no podía desahogar, que del cansancio. Todo le exasperaba, hasta los toques de las cornetas prusianas, que le hubieran hecho aullar como un perro, tan enervado se encontraba. No podía llegar al final del viaje sin hacerse matar. Al atravesar algunas aldeas, sufría atrocemente al ver á las mujeres que le miraban con aire de lástima. ¿Qué sucedería al entrar en Alemania, cuando los habitantes se atropellasen para verlos pasar? Y se figuraba ver los vagones de ganado, donde iban á amontonarlos, los disgustos y las torturas del camino, la

triste existencia en las fortalezas, bajo el cielo de invierno, cargado de nieve. ¡No, no, prefería morir en seguida, prefería exponerse á morir en un recodo del camino, en Francia, que ir á pudrirse allá, en una cárcel durante meses y meses.

—Oye,—dijo á Juan en voz baja,—al pasar cerca de un bosque nos escapamos por entre los árboles, de un salto. La frontera belga no está muy lejos, y ya encontraremos á alguien que nos enseñe el camino.

—¿Estás loco?—dijo Juan,—tirarán sobre nosotros y nos matarán.

Pero Mauricio replicaba que había alguna esperanza de escapar y que, después de todo, si los mataban, era preferible á continuar así.

—¡Bueno!—replicó Juan,—pero ¿qué haremos después con nuestros uniformes? Ya ves que el campo está lleno de puestos prusianos y necesitábamos otros trajes... Es demasiado peligroso, y no te dejaré llevar á cabo tal locura.

Tuvo que sujetarle, le cogió por el brazo, le apretaba contra sí mismo, como si se sostuvieran mutuamente, mientras continuaba calmándole, regañándole paternalmente.

Detrás de ellos, en aquel momento, hablaban y les hicieron volver la cabeza. Eran Chouteau y Loubet, que habían salido por la mañana al mismo tiempo que ellos de la península de Iges y á los que habían evitado hasta entonces. Ahora los dos los seguían. Chouteau debía haber oído las frases de Mauricio, su plan de huida por un bosque, porque lo tomaba por su cuenta.

—Oid, entramos en la expedición. Es una magnífica idea la de largarnos. Algunos compañeros se han escapado y lo haremos como lo han hecho ellos. No nos vendrá mal tomar el aire á los cuatro.

Mauricio se excitaba y Juan se volvió para replicar á Chouteau:

—Si tienes prisa echa á correr... ¿á qué aguardas?

Ante las miradas del cabo tartamudeó, pero dió las razones por las que insistía.

—Es que si somos cuatro estaremos mejor... y alguno podrá salir libre.

Entonces, con gran energía, Juan se opuso. No se fiaba de Chouteau y temía alguna trastada. Tuvo que hacer uso de toda su autoridad sobre Mauricio para impedir que éste accediera, porque se presentaba una ocasión: pasaban junto á un bosque muy tupido que solo separaba del camino un campo lleno de zarzas. Atravesarlo corriendo y meterse en el bosque, esa era la salvación.

Hasta entonces Loubet no había dicho nada. Miraba, aguardaba la ocasión oportuna decidido á no entrar en Alemania. Se fiaba en sus piernas y en su instinto, que le habían sacado de muchos apuros. Y de pronto se decidió.

—¡Vaya, hasta la vista, me largo!

De un salto se echó fuera del camino. Chouteau le imitó corriendo á su lado. En seguida dos prusianos los persiguieron, sin acordarse de disparar un tiro. La escena que pasó después fué tan rápida que apenas pudieron darse cuenta de ella. Loubet, dando rodeos por entre las zarzas iba á lograr escaparse, mientras que Chouteau, menos ágil, iba á ser cogido. Pero de un esfuerzo supremo adelantó terreno, se echó entre las piernas de Loubet y le hizo caer; y mientras los dos prusianos se echaban sobre éste para sujetarle, el otro desapareció en el bosque. Se oyeron algunos tiros, dieron una batida entre los árboles, pero todo fué inútil.

Los dos prusianos apaleaban brutalmente á Loubet. El capitán, enfurecido, acudió y hablaba de hacer un ejemplo; y ante aquellas palabras menu-

dearon los culatazos y las patadas tanto, que cuando le levantaron tenía un brazo roto y la cabeza abierta. Murió antes de llegar á Mouzon, en el camino de un aldeano que lo había recogido.

—Lo ves, —murmuró Juan al oído de Mauricio.

Miraban allá, hacia el bosque impenetrable, encolerizados contra aquel bandido que corría libremente, mientras que sentían lástima por su víctima, que no valía gran cosa, era cierto, pero que era un muchacho alegre y listo, lo que no impedía que Chouteau le hubiese jugado una partida.

En Mouzon, á pesar de aquel terrible ejemplo, Mauricio volvió á pensar en la huida. Habían llegado tan cansados, que los prusianos tuvieron que ayudar á los prisioneros á plantar las tiendas que les habían dado. El campamento se encontraba cerca del pueblo, en un terreno bajo y pantanoso; y lo peor era que la víspera otro convoy había acampado allí y el suelo estaba lleno de basura: era una verdadera cloaca. La tarde fué menos dura, la vigilancia de los prusianos no era tan estrecha desde que desapareció el capitán para instalarse en alguna posada. Los centinelas toleraban á los chiquillos echasen frutas á los prisioneros; manzanas y peras. Después dejaban invadir el campamento á los vecinos del pueblo, de modo que se improvisaron muchos vendedores, hombres y mujeres, que despachaban pan, vino y tabaco. Todos los que tenían dinero comieron y fumaron. Bajo el pálido crepúsculo, aquel mercado improvisado estaba animadísimo.

Detrás de su tienda, Mauricio estaba muy excitado, repitiendo á Juan:

—No puedo más, en cuanto anochezca me escapo... Mañana nos alejaremos de la frontera y ya no será tiempo.

—Pues bueno, escapemos, acabó por decir Juan, no pudiendo resistir más y cediendo también á

aquel afán de huir. Ya veremos sino dejamos el pellejo.

Empezó á mirar á los vendedores á su alrededor. Algunos compañeros se habían procurado blusas y pantalones; circulaban rumores anunciando que personas caritativas habían organizado almacenes de trajes para facilitar la evasión de los prisioneros. Y en seguida le llamó la atención una muchacha, una rubia de dieciséis años, con ojos magníficos, que tenía tres panes en una cesta. No voceaba su mercancía como los otros, tenía una sonrisa muy agradable. Juan la miró muy fijamente, sus miradas se cruzaron. Entonces se acercó:

—¿Quiere usted pan?

No contestó;—la interrogó por señas. Después, como le dijo que sí con la cabeza, añadió en voz baja:

—¿Hay trajes?

—Sí, debajo de los panes.

Y empezó á vocear su mercancía en voz alta. «¡Pan, pan! ¿quién compra pan?» Pero cuando Mauricio quiso darla una moneda de oro, retiró la mano y se escapó, después de dejarles la cesta. Lavieron que se volvía, alejándose, mirándolos con sus hermosos ojos.

Cuando tuvieron la cesta, Juan y Mauricio empezaron á temblar. Se habían separado de su tienda y no la pudieron encontrar, tan atolondrados se hallaban. ¿Dónde meterse? ¿Cómo cambiar de traje? Aquella cesta que Juan llevaba tan torpemente, les parecía que todo el mundo la registraba con los ojos y que veían lo que contenía. Por último se decidieron, entraron en la primer tienda vacía y se pusieron un pantalón y una blusa, después de colocar bajo los panes los uniformes. Y lo abandonaron todo. Pero no encontraron más que una gorra de lana, y Juan obligó á Mauricio á que se la pusiera. El, sin nada en la cabeza, exageraba el peligro; se

creía perdido y andaba buscando algo con que cubrirse; cuando se le ocurrió comprar el sombrero á un hombre muy sucio que vendía cigarros.

—¡A quince céntimos la pieza! ¡Dos por veinticinco céntimos! Cigarros de Bruselas.

Desde la batalla de Sedan no había aduanas y todos los productos belgas entraban libremente y el hombre había podido realizar muy buenos beneficios, lo que no le impidió querer sacar buen partido de su sombrero agujereado y grasiento cuando comprendió de lo que se trataba. No lo quiso dar por menos de diez pesetas, diciendo que se iba á constipar.

Juan tuvo otra idea, la de comprarle toda su mercancía, tres docenas de cigarros. Y, sin aguardar á más, empezó á vocear:

—¡A quince céntimos dos cigarros! ¡Cigarros de Bruselas!

Era la salvación. Hizo señas á Mauricio de que le precediera. Este tuvo la suerte de encontrar un paraguas y como caían algunas gotas, lo abrió tranquilamente para atravesar la línea de centinelas.

—¡A quince céntimos dos! ¡Cigarros de Bruselas!

En pocos momentos, Juan vendió su mercancía. Se la arrebatában de las manos; ¡este, al menos, es razonable,—decían,—no quiere robarnos! Atraídos por la baratura, se acercaron algunos prusianos y tuvo que comerciar con ellos. Se arregló de tal manera, que al pasar la línea de centinelas vendió los dos últimos cigarros á un sargento que no hablaba una palabra de francés.

—No vayas tan de prisa,—decía Juan á Mauricio. Nos van á coger de nuevo.

Pero á pesar de ellos sus piernas los arrastraban. Tuvieron que hacer grandes esfuerzos para detenerse un momento en el ángulo que formaban los

dos caminos, entre los grupos que se estacionaban delante de una posada. Algunos hombres hablaban allí tranquilamente con soldados alemanes; hicieron como que escuchaban, tomaron parte en la conversación, hablando de la lluvia que amenazaba caer durante toda la noche. Un señor gordo, que los miraba con mucha insistencia, les hacía estremecer. Después, como se sonreía, se arriesgaron.

—Diga usted, caballero, ¿el camino de Bélgica está guardado?

—Sí, pero atraviesan ustedes ese bosque primero y después tomen por la izquierda, por los campos.

En el bosque, en el gran silencio de los árboles inmóviles, cuando nada oyeron, cuando se creyeron salvados, la emoción los echó en brazos uno del otro, en la fraternidad de todo lo que habían sufrido juntos; y el abrazo que se dieron les pareció el más suave de toda su vida, un abrazo como no recibirían seguramente de ninguna mujer, la consagración de la inmortal amistad, la certidumbre absoluta de que sus dos corazones no formaban más que uno para siempre.

—No, Mauricio, —dijo Juan con voz temblorosa, cuando se soltaron, —ya es algo bueno estar aquí, pero no hemos llegado al final... habrá que orientarse.

Mauricio, aunque no conocía el sitio, decía que no había más que seguir todo derecho para llegar á la frontera. Los dos, uno detrás de otro, empezaron á andar con muchas precauciones hasta salir del bosque. Acordándose entonces de la indicación que les habían hecho, quisieron tomar á la izquierda para cortar por los rastrojos. Pero como encontraran un camino, adornado con álamos, vieron las hogueras de un puesto prusiano que lo cerraba. Se veía brillar la bayoneta del centinela, los soldados acababan de comer y charlaban. Retrocedieron y

se metieron dentro del bosque, temiendo verse perseguidos. Creyeron oír voces y pasos, anduvieron así durante más de una hora, sin dirección fija, dando vueltas, corriendo á veces y á veces también inmovilizados delante de los árboles á quienes tomaban por prusianos. Por fin, desembocaron de nuevo en el mismo camino, á diez pasos del centinela, cerca de los soldados que estaban calentándose.

—No tenemos suerte! —decía Mauricio, —es un bosque encantado.

Pero esta vez les habían oído, se habían roto algunas ramas y rodaron piedras. Y como al «quién vive» del centinela, echaron á correr, sin contestar, el puesto cogió las armas y dispararon al bosque, acribillándole.

Juan lanzó un juramento, conteniendo un grito de dolor.

Había recibido un latigazo en la pantoarilla y cayó contra un árbol.

—¿Te han herido? —preguntó Mauricio.

—¡Sí, en la pierna! Es cosa perdida.

Los dos escuchaban, temblando de miedo, creyendo que les perseguirían. Pero los tiros cesaron y nada se movía. Los soldados no debían querer perseguirlos dentro del bosque.

Juan, que se esforzaba en querer ponerse en pie, ahogó un quejido y Mauricio le sostuvo.

—¿No puedes andar?

—¡Creo que no!

Se encolerizaba, apretaba los puños, se hubiera pegado.

—¡Vaya una mala suerte! dejarse romper una pata, cuando más falta hace para correr. ¡Es cosa de echarse al surco! Escápate solo.

Mauricio contestó alegremente.

—¡No seas tonto!

Le cogió por los brazos, le ayudaba, deseando alejarse á escape. Después de andar unos pasos, se

detuvieron de nuevo al ver delante de ellos una casita. No se veía ninguna luz, la puerta del patio estaba abierta y cuando se decidieron entrar, les chocó encontrar un caballo ensillado, sin que pudiesen averiguar cómo ni por qué estaba allí. Tal vez el amo iba á volver, tal vez hubiese quedado muerto en el camino.

Un pensamiento surgió en la mente de Maucicio.

—Oye, la frontera está muy lejos, y además, necesitábamos un guía... Mientras que si fuésemos á Remilly, á casa del tío Fouchard, podría llevarte allí con los ojos cerrados. Te voy á poner sobre el caballo, y nos largamos.

Primero quiso examinarle la pierna. Tenía dos agujeros, la bala debía haber salido después de romperle la tibia. La hemorragia era poca cosa; vendó la pantorrilla con el pañuelo.

—¡Escápate solo!—dijo Juan.

—¡Cállate, tonto!

Cuando Juan se encontró á caballo, Mauricio cogió la brida y salieron. Debían ser cerca de las once, creía poder recorrer el trayecto en tres horas, aún yendo al paso. Pero la idea de que tenían que atravesar el Meuse, le desconcertó. El puente de Mouzou debía estar custodiado. Se acordó que había una barca, cerca de Villiers; y se dirigió hacia allí, atravesando los prados de la margen derecha. Al pronto todo marchó bien, solo tuvieron que evitar una patrulla de caballería y estuvieron durante un cuarto de hora inmóviles, contra una pared. Había viento á llover y la marcha era muy difícil para Mauricio, que se metía en las tierras mojadas, al lado del caballo; afortunadamente este era muy dócil. En Villers tuvieron suerte, la barca que había servido para pasar á un oficial bávaro los recogió y los llevó al otro lado. Y los peligros y las fatigas terribles no empezaron hasta llegar á la aldea, donde estuvieron á punto de caer entre los centinelas

escalonados en el camino de Remilly. Tuvieron que dar muchos rodeos. Saltaban zanjas, se abrían camino por entre las zarzas. Juan, presa de la fiebre, bajo la lluvia menuda, desmayado sobre el caballo, agarrado á las crines, se sostenía con mucha dificultad, mientras que Mauricio, que había pasado las bridas por el brazo derecho, se veía obligado á sostenerle para que no cayese.

Durante más de una legua, durante más de dos horas, aquella caminata fatigosa se eternizó, entre tropezones, exponiéndose á cada momento hombres y caballo á estrellarse. Formaban un convoy de miseria, cubiertos de barro, el caballo temblando sobre sus pies, el hombre que sostenía inerte, y el otro, con la mirada extraviada, marchando por el único esfuerzo de su caridad fraternal. Amanecía cuando llegaron por fin á Remilly.

En el patio de la casería que dominaba el pueblo, al salir del desfiladero de Haraucourt, el señor Fouchard estaba cargando en su carreta los dos carneros matados la víspera. Al ver á su sobrino con tal facha se trastornó tanto, que después de las primeras explicaciones, dijo brutalmente:

—¿Que me quede contigo y con tu amigo? Para tener compromisos con los prusianos, ¡ah, no, eso no! ¡Prefiero reventar antes!

Pero no se atrevió á impedir que Mauricio y Próspero bajaran á Juan del caballo y lo echaran sobre la mesa de la cocina. Silvina fué á buscar su almohada, que colocó debajo de la cabeza del herido, que continuaba desmayado. Pero el viejo gruñía, desesperado de ver aquel hombre su mesa, diciendo que allí estaba muy mal y que era preciso llevarlo á la ambulancia que había en Remilly, cerca de la iglesia, en la antigua escuela, donde había un salón muy grande y se encontraban muy bien.

—¡A la ambulancia!—dijo Mauricio para que los prusianos se lo lleven á Alemania, después que se

cure, puesto que todos los heridos les pertenece. ¿Se quiere usted burlar de mí, tío? No le he traído hasta aquí para entregarle después.

Las cosas se ponían mal, el tío hablaba de echarlos á la calle, cuando se pronunció el nombre de Enriqueta.

—¡Cómo, Enriqueta!—preguntó Mauricio.

Y acabó por saber que su hermana estaba en Remilly desde la antevíspera, tan triste con su luto, que se le hacía intolerable la estancia en Sedan, donde había sido tan feliz.

Había encontrado al doctor Dalichamp de Raucourt, á quien conocía, y éste la había decidido á instalarse en casa del señor Fouchard, en un cuartito pequeño para dedicarse por completo á los heridos de la cercana ambulancia. Esto solo podía distraerla. Pagaba su hospedaje y era en la casería el ángel bueno, que hacía que el viejo la mirase con cariño y respeto.

—¡Ah! ¿mi hermana está aquí?—decía Mauricio. Eso era lo que me decía Delaherche... Pues si está aquí nos quedamos.

En seguida quiso ir á buscarla á la ambulancia, donde había pasado la noche, mientras que el tío estaba incomodado porque no podía marcharse con los dos carneros y el carrito en tanto no se arreglase el asunto del herido.

Cuando Mauricio llevó á Enriqueta, vieron al señor Fouchard que estaba examinando con mucho cuidado el caballo que Próspero había llevado á la cuadra. Un caballo cansado, pero muy fuerte y que le gustaba mucho. Mauricio, riéndose, le dijo que se lo regalaba. Enriqueta, por su parte, cariñosamente le explicó que Juan pagaría y que ella se encargaba de él y que le cuidaría en el cuartito que se encontraba detrás de la cuadra, donde no iría á cogerle ningún prusiano. Y el señor Fouchard, mal convencido aún, á pesar de que en el

fondo de todo aquello veía alguna ganancia, acabó por subir á su carricoche y marcharse, dejándolos completamente libres.

En pocos minutos, ayudada por Silvina y Próspero, Enriqueta organizó el cuarto, hizo que llevaran allí á Juan, y que le acostaran en una cama recién hecha, sin que éste diese apenas señales de vida.

Abrió los ojos, miraba, pero sin que al parecer reconociera á nadie. Mauricio acababa de beber un vaso de vino y de comer un pedazo de carne, cuando llegó el doctor Dalichamp, como acostumbraba todas las mañanas para hacer su visita á la ambulancia, y Mauricio, á pesar de que estaba muy cansado, le siguió con su hermana á la cabecera del herido.

El doctor era un hombrecillo con gruesa cabeza redonda, con el pelo gris. Su cara colorada se había endurecido como la de los aldeanos, efecto de su vida al aire libre; mientras que sus ojillos y sus labios revelaban su bondad, un poco tosco á veces, médico sin gran talento, pero á quien su larga práctica daba mucha experiencia.

Cuando hubo examinado á Juan, murmuró:

—Temo que sea necesaria la amputación!

Fué un pesar para Mauricio y Enriqueta. Sin embargo, añadió.

—Tal vez pueda conservar su pierna, pero serán necesarios muchos cuidados y será cosa larga. En este momento está bajo la influencia de tal depresión física y moral que la única cosa que se puede hacer es dejarle dormir... Veremos mañana.

Después de curarle empezó á hablar con Mauricio á quien había conocido siendo niño.

—Y usted también estaría mejor en la cama que sentado en la silla.

Como si no oyese, Mauricio miraba fijamente ante sí con los ojos extraviados. Se había apoderado de él una excitación nerviosa, efecto de los sufrimien-

tos acumulados durante toda la campaña. La vista de su amigo agonizando, el sentimiento de su propia derrota, desnudo, sin armas, inútil, el recuerdo de que tantos heroicos esfuerzos habían dado por resultado tal desastre, le sacaban de quicio, era una necesidad frenética de rebelión contra el destino. Por último habló:

—¡No, no, no ha acabado, tengo que marcharme... Puesto que él tiene para algunas semanas, para algunos meses, no puedo quedarme aquí, quiero irme en seguida... ¿No es verdad, doctor? Usted me ayudará, me proporcionará usted los medios para volver á París.

Enriqueta le cogió por los brazos:

—¿Qué es lo que dices? Enfermo como estás, habiendo sufrido tanto ¿crees que te voy á dejar marchar? ¿No has pagado tu deuda? Acuérdate de mí, piensa que estoy sola, que no tengo á nadie más que á tí en el mundo.

Sus lágrimas se confundieron: se abrazaron estrechamente en su adoración, con ese cariño de hermanos gemelos. Pero él se exaltaba cada vez más.

—Te aseguro que tengo que marcharme. Me aguardan, moriría de angustia si no me marchase. No puedes imaginarte el daño que me causa la idea de estar quieto. Te digo que esto no puede acabar así, que tenemos que vengarnos; ¿contra quién, contra qué? ¡No lo sé! pero tenemos que vengarnos de tantas desgracias para tener el valor de vivir.

El doctor Dalichamp, que seguía la escena con mucho interés, impidió á Enriqueta que contestara. Cuando Mauricio hubiese dormido estaría más tranquilo; y durmió todo el día y toda la noche siguiente, durante más de veinte horas, sin movimiento. Únicamente al despertar al otro día volvió á aparecer su resolución. No tenía más fiebre, estaba

sombrio, triste, deseando escapar. Su hermana, llorando, comprendió que no debía insistir.

Y el doctor Dalichamp, al hacer su visita prometió facilitar la huida gracias á los documentos de un ayudante de la ambulancia que acababa de morir en Raucourt. Mauricio se pondría la blusa gris, la cruz roja, pasaría á Bélgica para desde allí dirigirse sobre París que aun no estaba bloqueado.

Aquel día no quiso abandonar la casería, se escondió aguardando la noche. Apenas habló, solo intentó llevarse á Próspero.

—Oiga usted,—le dijo,—¿no tiene usted ganas de volver á ver á los prusianos?

El antiguo cazador de Africa, que acababa de comer un pedazo de pan con queso, replicó:

—¡Para lo que hemos visto no vale la pena!... Puesto que la caballería no sirve más que para hacerse matar cuando todo ha acabado, ¿para qué quiere usted que vuelva allí?... ¡No, no quiero volver, me han cansado bastante sin hacer nada de provecho!

Hubo un corto silencio y añadió para ahogar los latidos de su corazón de soldado:

—Además hay aquí ahora demasiado trabajo. Ahora viene la época de la labranza y después vendrá la sementera. Hay que acordarse de la tierra también ¿no es verdad? que hay que batirse es cierto, ¿pero qué sucedería si no se trabajase la tierra?... Comprenda usted que no puedo dejar el trabajo. Y no es que el señor Fouchard sea razonable, no, probablemente no verá el color de su dinero; pero los animales empiezan á tomarme cariño y francamente, esta mañana cuando me encontraba allá arriba labrando, miraba á lo lejos ese maldito Sedán y me sentía muy contento de verme solo, al sol, con mi ganado, guiando el arado.

A la caída de la noche el doctor Dalichamp se presentó en su coche. Quería conducir á Mauricio

hasta la frontera. El señor Fouchard, satisfecho de ver que al menos se marchaba uno, fué á vigilar el camino para asegurarse de que no rondaba ninguna patrulla, mientras que Silvina cosía la blusa del enfermero, adornada en la manga con la cruz roja. Antes de marcharse el doctor examinó de nuevo la pierna de Juan, sin poderle prometer si la conservaría. El herido continuaba siempre medio alestargado, sin conocer á nadie, sin hablar con nadie. Y Mauricio iba á alejarse sin decirle adiós, cuando al inclinarse para abrazarle, le vió abrir los ojos, muy grandes, mover los labios, hablando con voz débil:

—¿Te vas?

Y como se extrañasen:

—Sí, los he oído á ustedes, mientras que no podía moverme,—dijo.—Coge todo el dinero. Registra los bolsillos de mi pantalón.

Del dinero del Tesoro, que se habían repartido, les quedaba todavía doscientos francos á cada uno.

—¡El dinero! —dijo Mauricio,—pero si tú lo necesitas más que yo. Con doscientos francos tengo para llegar á París, y para hacerme romper la cabeza no necesito dinero... Hasta la vista y muchas gracias por lo que has hecho por mí, porque sin tí es probable que me hubiese quedado en cualquier parte como un perro muerto.

Juan le hizo callar.

—No me debes nada, estamos en paz... Si no hubiese sido por tí, si no me hubieses llevado á cuestas, me hubiesen recogido los prusianos allá. Y ayer aún, me has librado de caer entre sus garras. Has pagado dos veces y ahora me tocaría á mí pagarte la vida... ¡qué intranquilo voy á estar sin tenerte á mi lado!

Su voz temblaba y algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—Abrazame, Mauricio.

Y se abrazaron como en el bosque la vispera; había en el fondo de ese abrazo la fraternidad de los peligros corridos juntos, esas cuantas semanas de heroísmo común que los había unido más estrechamente que algunos años de amistad. Los días sin pan, las noches sin sueño, las fatigas excesivas, la muerte siempre delante. ¿Pueden acaso separarse dos corazones cuando se han dado libremente y se han fundido uno en otro? Pero el otro abrazo, el que se dieron debajo de los árboles, estaba lleno de las esperanzas que la huida abría ante ellos; mientras que este abrazo, á esta hora, les hacía estremecer con las angustias de la despedida. ¿Se volverían á ver algún día? ¿Y cómo y en qué circunstancias de dolor ó de alegría?

El doctor Dalichamp, subido en su coche, llamaba á Mauricio. Este abrazó con toda su alma á su hermana Enriqueta, que le miraba con lágrimas silenciosas, muy pálida, con su traje de viuda.

—¡Te confío á mi hermano... Cúdale bien, quíerele mucho como yo le quiero!

IV

El cuarto era una gran pieza con suelo de ladrillos, blanqueado con cal, que había servido para depósito de frutas. Se sentía aún el buen olor de las peras y manzanas y como muebles sólo había allí una cama de hierro, una mesa de madera blanca y dos sillas, sin contar un armario viejo de nogal, grande, donde cabía un mundo. Pero reinaba allí mucha calma, solo se oían los ruidos sordos de la cuadra, los mugidos de los bueyes. Por la ventana que daba al mediodía entraba el sol. No se veía más que un trozo de monte, un campo de trigo que bordeaba un bosquecillo. Y aquel cuarto cerrado, misterioso, estaba tan oculto á todas las miradas que nadie podía sospechar existiera.